

## ¡JOSÉ MANTEROLA!

Euskerarekiñ ere  
Lurra da pisuá,  
¡Animak billatzendu  
Zuk dezun Zerua!

ANTONIO ARZÁC.

## CARTA LINGÜÍSTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 14 de Febrero de 1886.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: Para la mejor inteligencia de la materia de que nos hemos de ocupar en el presente remitido, nos es preciso recordar á los lectores algunas de las muchas análisis que hemos practicado sobre las raíces generadoras *i*, *a*, que, segun dijimos en su lugar, han sido á la palabra hablada lo que la célula organizada ha sido á todo tejido vivo.

En efecto, en dichas análisis hemos probado, entre otras cosas, que la raíz *i*, primera de las citadas ha sido la nota ó acento natural del temor, como ha sido tambien el grito inconsciente é instintivo que profirió el hombre al sentir la presencia de Dios, cuya grandeza no puede contemplarse sin llenarse de miedo, al paso que su compañera la raíz *a*, ha sido la nota ó el acento natural de la alegría, de suyo expansiva, y siempre provocada por la posesion real ó ideal de un bien moral, material ó intelectual, y siendo la creacion el primero

y el mayor de los bienes que ha recibido la criatura de su Criador, dicha nota *a*, ha sido á su vez el grito instintivo que provocó en el hombre el espectáculo de la alegre naturaleza creada por Dios en beneficio de su persona. *A* es, pues, el signo de la sensacion y el grito de la naturaleza sensible, al paso que la *i* es signo de la idea y el grito de Dios.

Del mismo modo hemos probado que este signo *i*, nombre en el bascuence, de Dios, causa ó razon de todo lo existente, ha sido el artículo indefinido de nuestra primitiva declinacion, ó sea la nota de la existencia del sujeto ó cosa designada, al paso que la derivada *i*, *a*, ha sido nuestro artículo definido, ó sea la nota de la situacion del sujeto ó cosa designada. Ahora bien; de aquí hemos deducido fácilmente que esta voz *i*, *a* en la cual la vocal *a* representa la naturaleza sensible, animada y vivificada por su radical generadora el signo de Dios *i*, ha sido en el bascuence el nombre ó símbolo en la creacion, la cual, en efecto, no hubiera sido conocida del hombre, si la materia de que consta, por su impenetrabilidad, su extension y sus formas, no se hubiera hecho perceptible á nuestros sentidos dentro de una *situacion*, á la cual hace referencia el signo de la naturaleza sensible *a* de nuestro artículo definido. Así, pues, entre la creacion que se manifiesta al hombre en el lugar en que se aparece y en la situacion que ocupa, y el artículo definido *i*, *a* (nota de situacion) media el mismo enlace natural, lógico y necesario que entre Dios, causa y razon de todo lo existente, y nuestro artículo indefinido *i*, nota de existencia. Concluyamos con una última reflexion; de estas explicaciones resulta que analizada en sus dos factores esta voz euskara *i*, *a* hace relacion: primero, á la manifestacion al hombre, de Dios, cuya grandeza y poder imponen á su criatura, idea expresada por la interjeccion de respetuoso temor *i* (el grito de Dios), y segundo, á la manifestacion al mismo hombre de la creacion, motivo de la alegría, y origen y fuente del amor, que el alma agradecida de la criatura profesa á su Criador, idea expresada por la interjeccion de la alegría *a* (el grito de la naturaleza); de modo que esta misteriosa raíz nuestra define con inimitable propiedad los dos grandes sentimientos que ha despertado en el hombre el conocimiento de Dios, y de los cuales se sustenta toda religion natural y no bastardeada. Tales son: el temor á Dios, juez de nuestra conducta y dueño de nuestra existencia, y el amor al mismo por los beneficios que nos otorga.

Una vez recordados estos antecedentes, nos será fácil resolver la cuestion que dejamos planteada en nuestro último remitido, formulada en la siguiente pregunta: ¿De qué modo mostró su virtualidad el signo *i*, nombre de Dios, nota de toda existencia, esencia de toda palabra y últimamente el principio vivificador del lenguaje humano?

Esta pregunta ha sido contestada en las análisis á que nos referimos, y en las cuales puede ver el lector que el signo *i* se unió en el signo *a* para vivificar la palabra *i*, *a*, como Dios se unió en los mundos, para vivificarlos y vivificar la creacion, y como el alma se unió al cuerpo para vivificarle y vivificar al hombre; y así como no puede haber hombre ninguno sin un organismo corporal, así tampoco podrá haber palabra alguna sin el signo *a* que es el organismo de la misma. Tal es en su más sencilla fórmula la proposicion que vamos á desenvolver para completar las ideas que llevamos vertidas sobre el nacimiento de la palabra, probando que el signo *i* se completa en el signo *a*, como el artículo indefinido se completa en el definido, el sustantivo en el adjetivo, y el verbo sustantivo ó auxiliar pasivo en el auxiliar activo.

Entremos en materia:

Es innegable, y así lo hemos demostrado en anteriores remitidos, que la idea de Dios, no nacida de ninguna otra, generadora de las demás, y primera que ha alumbrado la inteligencia humana, ha sido y es la característica que separa el alma racional del hombre de la irracional de los brutos. Es también innegable, y así lo hemos demostrado, que la palabra *i*, signo de aquella idea, no nacida á su vez de ninguna otra, generadora de las demás y primera que ha salido de los labios humanos, ha sido y es la característica que separa la palabra hablada del hombre, del grito del animal y de todo otro grito. Es igualmente cierto, y así lo hemos demostrado también, que el signo *a* es el grito de la naturaleza sensible, como es también cierto que ninguna de las cosas que son y viven existirían para el hombre, ni serían conocidas de él, si no se manifestaran en esta misma naturaleza sensible; *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Es igualmente cierto que las cosas existentes y creadas se hallan dotadas de cualidades, que al impresionar nuestro organismo, dan lugar á sensaciones variadas, cada una de las cuales tiene su nota ó grito particular en el registro de nuestro pecho, como tienen su expresion característica en nuestro semblante. Mas también es cierto

que así como estas cualidades, sin dejar de tener su existencia particular, se unen, sin embargo, en la naturaleza sensible de las cosas á que pertenecen, así también los gritos expresivos de las mismas se unen y deben unirse en el grito *a*, si la palabra humana ha de ser fiel reflejo de nuestra inteligencia; de modo que así como todas las cualidades de las cosas se unen en su naturaleza sensible, así también todas nuestras interjecciones ó gritos expresivos de las mismas se unen en el grito *a*.

Luego según esto, este signo *a* es la característica y el grito de la sensacion, como el signo *i* de que hemos hablado, es la característica y el grito de la idea; y así como esta última nace de la primera, así también su signo *i* tiene que nacer del signo *a* de aquella, y como según hemos demostrado, ninguna palabra puede ser sin el signo *i*, característica de la misma, tampoco podrá ser sin el signo *a* que es el complemento de esta última.

Por esta razon el grito idea *i* tuvo que unirse en el grito sensacion *a* para vivificarle y vivificar la palabra *i*, *a* (idea, sensacion), á la manera que el alma racional se unió en el cuerpo humano para vivificarle y vivificar al hombre. Si ahora tenemos presente que el signo *i*, ó sea la idea de Dios, es, según hemos dicho, la esencia de nuestra alma, al paso que el signo *a*, grito de la sensacion, es la más alta prerogativa del organismo animal, puesto que solo se encuentra en los de la más elevada esfera, hemos de confesar que la palabra vivificada *i*, *a*, nacida de la union de aquellos dos signos, es la fiel imágen de la persona del hombre, nacida á su vez de la union del alma al cuerpo.

En resumen, como el alma tuvo que nacer unida al cuerpo en la persona del hombre, así el signo *i* tuvo que nacer unido al signo *a* en la palabra *i*, *a*.

Luego estos signos *i*, *a*, no obstante la justa prioridad que hemos concedido al primero, nacieron juntos en la lengua, como las ideas *Dios*, *creacion*, por ellos expresadas, nacieron juntas en nuestro pensamiento; y así como no pueden separarse estas últimas sin negar á Dios, así tampoco podrán separarse aquellas sin matar la palabra. Intentemos, sin embargo, esta separacion, y veamos los resultados que alcanzamos.

Si suprimimos el signo *a*, ó bien habrémos privado al hombre de la facultad de proferir gritos que le distingue, ó bien habremos suprimido para él la naturaleza sensible en la cual tienen aquellos gritos su

origen; en cualquiera de los dos casos, la palabra será imposible.

Por el contrario; si suprimimos el signo *i*, habremos suprimido en el hombre el ser psicológico para reducirlo á un ser fisiológico é irracional semejante á los demás, aunque superior á ellos por su organización. En esta hipótesis, el grito *a*, exclamacion de la alegría que sintió el hombre al contemplar el espectáculo de la naturaleza, será en todo semejante al grito del pájaro que saluda en la aurora la creacion, y semejante tambien á los gritos por medio de los cuales se comunican entre sí los animales sus mútuas impresiones; y así como ni estos gritos ni aquel canto han podido elevarse jamás á la categoría del lenguaje racional, porque el animal carece de toda nocion de Dios, así tambien el grito *a* no podrá transformarse en la palabra hablada hasta tanto que no concedamos al hombre con aquella nocion la idea que vivifica la naturaleza creada. La razon es clara: en efecto, la palabra humana no puede ser considerada como tal en tanto que no se halle animada de una idea, y siendo Dios en el caso presente la idea que anima y vivifica la naturaleza sensible, y la expresion de esta idea en la lengua siendo el signo *i*, claro es que este y no otro ninguno ha podido vivificar el signo *a* de la naturaleza sensible, y como en esta se contienen los agentes de todas nuestras sensaciones, y ellos á su vez han sido vivificados por la misma idea, resulta que todo lo que hemos dicho de la interjeccion *a* es aplicable á todas las demás, esto es, á todos aquellos gritos naturales de los cuales se ha formado, segun el sentir de los filólogos, el primer fondo de las lenguas.

Dadas estas explicaciones, fácil nos será asistir á los orígenes del lenguaje y explicar por nuestra lengua la formacion de los nombres, lo que será el objeto de nuestro próximo remitido; entre tanto, concluyamos con una última reflexion. Los filólogos han estado en lo cierto al asegurarnos que los gritos naturales han formado el primer fondo del lenguaje humano; han estado tambien en lo cierto al afirmar que la palabra es el grito animado por la idea, pero se han mostrado inconsecuentes al dejar de afirmar que la idea de la palabra ha tenido, y ha debido tener su signo en la lengua, puesto que ninguna idea ha cruzado por la mente del hombre que este no la haya expresado en aquella.

Con este motivo, saluda á V. como siempre su afmo. amigo y  
S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ DE GUIASOLA.